

MALA MAGIA

pseudonymous
bosch

LIBROS PELIGROSOS

MALA MAGIA

LIBROS PELIGROSOS

pseudonymous bosch

MALA MAGIA

LIBROS PELIGROSOS

Traducción de
Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Bad Magic*

1.ª edición: mayo de 2018

© Pseudonymous Bosch, 2014
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2018
© Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3641-5
Depósito legal: M-7954-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Este libro empieza con una mala palabra	9
Capítulo 1: La magia apesta	15
Capítulo 2: Una representación escolar	19
Capítulo 3: La pintada en la pared	31
Capítulo 4: Una reunión familiar	37
Capítulo 5: Un campamento de verano para jóvenes díscolos	47
Capítulo 6: Un tornillo flojo	53
Capítulo 7: En una isla desierta	69
Capítulo 8: La criatura que salió de la nieblánica	84
Capítulo 9: Abejas guardianas	89
Capítulo 10: El Círculo	100
Capítulo 11: ¡La magia mola!	110
Capítulo 12: Hierbas	117
Capítulo 13: Tiempo libre	134
Capítulo 14: Una historia al calor de la fogata	146
Capítulo 15: La prueba de natación	158

Capítulo 16: La enfermera Cora	168
Capítulo 16, segunda parte: El camino de atrás	177
Capítulo 17: Dentro	183
Capítulo 18: El custodio	195
Capítulo 19: El diario	207
Capítulo 20: Robado dos veces	218
Capítulo 21: El camión de bomberos	224
Capítulo 22: A la mañana siguiente	238
Capítulo 23: Sin manera de entrar	246
Capítulo 24: El camino de lava	255
Capítulo 25: Actores	266
Capítulo 26: La excursión	279
Capítulo 27: El cráter	286
Capítulo 28: Surfeando el volcán	293
Capítulo 29: Cae el telón	302
Capítulo 30: Otra biblioteca dentro de la biblioteca	313
APÉNDICES	325
Una patata, dos patatas...	327
Truco clásico de la cuerda	329
Una apuesta	331

*Para Natalia e India
(Ahora estamos en paz)*

Este libro empieza con una mala palabra.

¿Adivinas cuál es?

¡ESPERA! No la digas en voz alta. Ni siquiera la pienses. Ya me he metido en bastantes problemas.

De hecho, si el único motivo por el que has abierto este libro es encontrar las palabras feas que aparecen en él, te vas a llevar una amarga decepción: yo he aprendido por las malas a mantener mi escritura inmaculada.*

Ayayay, cuando el protagonista de este libro, Clay, pronunció por primera vez la palabra que acabo de mencionar (o que no he mencionado, que quede claro), ese taco, esa palabrota, esa palabra fea, esa palabra malísima, esa palabra que no pienso repetir ni revelar de ninguna manera, él no sabía que la palabra tuviera nada de malo, porque solo tenía tres años.

¿Dónde pudo aprender un niño tan pequeño una palabra de personas adultas? No tengo ni idea. Desde luego, no se la enseñé yo.

Tal vez la gritara su padre al darse un golpe en el pie. Tal vez la murmurara la canguro cuando hablaba por teléfono, creyendo que Clay dormía. Tal vez se la enseñara

* Digamos simplemente que los editores no son esos amables ratones de biblioteca que la gente cree que son, y vamos a dejarlo así.

algún chico mayor a quien le parecía que sería la monda oírsele decir a un niño de tres años.

En realidad no importa dónde la aprendiera Clay, como tampoco importa cuál fuera la palabra. Lo único que importa es que la dijo cuando la dijo.

En el momento en que eso sucedió, Clay se encontraba en un ascensor lleno de gente, a la salida de su primera cita con el dentista. Tal como su hermano lo contó después, Clay estaba muy feliz chupando la verde piruleta que le había dado el dentista por su buen comportamiento, * cuando de pronto se sacó la piruleta de la boca y gritó esta terrible, terrible palabra a pleno pulmón.

« iii# € * % !!! » **

No hace falta decir que en el ascensor todo el mundo se asustó al oír semejante vocablo saliendo de la boca de un niño tan pequeño. A un chaval mayor le dio la risita tonta. Una anciana frunció la frente. Y hasta un perrito pequinés dio la impresión de que gemía del apuro.

Muerto de vergüenza, el hermano de Clay, que le llevaba doce años y se había quedado cuidándolo aquella tarde, se inclinó y le susurró al oído:

* Pregunta: ¿qué es un dentista que regala piruletas? Respuesta: un empresario muy listo.

** ¿Por qué empleamos azarosos símbolos tipográficos para representar las palabrotas? ¿Cómo *&%*^#\$ voy a saberlo? Lo que sí sé, sin embargo, es que estos símbolos se llaman *grawlixes*. (Para saber más sobre los *grawlixes*, véase el apéndice que se encuentra al final del libro).

—No puedes decir eso: es una palabra mala.

Clay miró a su hermano, confuso:

—¿Por qué es mala? ¿Qué ha hecho?

Todo el mundo se rio. Y a todos se les pasó el susto.

Pero la historia no acaba ahí.

En el autobús de vuelta a casa, el hermano de Clay no se podía quitar de la cabeza la pregunta de Clay. ¿Qué habían hecho las malas palabras? ¿Por qué eran malas?

Finalmente, encontró la respuesta:

—Las malas palabras son malas porque la gente se siente mal al oírlas. Eso es lo que pasa.

Clay asintió. Eso tenía sentido.

—¿Y las palabras buenas hacen que la gente se sienta bien?

—Pues sí.

—¿Y las palabras mágicas hacen que la gente se sienta mágica?

El hermano de Clay se quedó dudando. Era mago aficionado, y se pasaba todo el tiempo diciendo palabras mágicas, sobre todo cuando practicaba sus trucos con Clay, pero nunca había pensado en ellas de ese modo.

—Eh... supongo. ¿Por qué?

—¡Abracadabra! —dijo Clay, con una risita tonta—. ¡Pata de cabra!



En ocasiones, entre hermanos o amigos íntimos, las palabras adquieren significados que no se pueden explicar

con facilidad a otras personas. Se convierten en algo así como chistes privados, o palabras privadas. Tras el episodio del ascensor, «mala palabra» se convirtió, para Clay y su hermano, en una palabra privada para decir «palabra mágica». Y también para «palabra en clave» y para «contraseña», y para cualquier otra palabra que tuviera algún poder o trascendencia únicos. Para cualquier palabra que *hiciera* algo.

«¿Se te ocurre alguna mala palabra en este momento?», le preguntaba el hermano a Clay antes de hacer desaparecer una moneda detrás de la mano o antes de sacar un pañuelo de la oreja de Clay.

«¿Cuál es la mala palabra?», preguntaba Clay, cerrándole a su hermano el acceso a la nevera o al cuarto de baño.

Cuando Clay se hizo mayor y se aficionó él mismo cada vez más a los trucos de magia (posiblemente más que su hermano, pero por favor no le digáis a nadie que lo he dicho yo), «mala palabra» mantuvo su significado especial.

«Eh, tío malo, ¿cuál es la mala palabra?», se preguntaban uno a otro a modo de saludo.

Cuando se dejaban uno a otro mensajes en clave, se dejaban pistas sobre la mala palabra que se necesitaba para descifrar el mensaje.

Cuando realizaban espectáculos de magia para sus padres o amigos, se llamaban a sí mismos «los Hermanos Malos».

«Malo» era su vínculo especial.

Entonces, más o menos cuando Clay cumplió los once años, su hermano realizó el mayor y más malo de todos los trucos: desapareció, sin avisar ni dar ninguna explicación.

Eso fue hace casi dos años. Y Clay se seguía preguntando qué había hecho para que se fuera su hermano. ¿Qué había dicho? ¿Qué mala palabra había pronunciado sin saberlo?

¿Y qué mala magia podría devolvérselo?

Capítulo

1

La magia apesta

Clay no era el tipo de persona a quien le gusta que escriban un libro sobre ella. Lo admito sin reparos.

Adelante, juzgadme. Llamadme lo que queráis. Maldicidme a mí y al bolígrafo con que escribo. Pero esto es lo que hay.

No es que fuera exactamente tímido, pero en aquellos tiempos, a la edad de doce años, casi trece, le gustaba mantener un perfil bajo. Se sentaba casi tumbado. Se escondía la cara tras un cómic o una revista de monopatinas. Llevaba capucha incluso cuando hacía calor. No es que tuviera feas la nariz o las orejas, ni un acné espantoso; puede que sea parcial, pero me parece que era bastante atractivo, con una elegancia estilo «moco seco en la manga». Lo único que pasaba es que prefería no llamar la atención. Simplemente que lo miraran durante más de uno o dos segundos le provocaba temblores en la rodilla. No quiero ni imaginarme lo que pensaría sobre quedar expuesto durante casi cuatrocientas páginas.

Pero a todo el mundo le ocurre alguna vez. Que lo miren, me refiero.*

La mañana de la que voy a hablar ahora, la mañana en la que la vida de Clay empezó a girar fuera de control, esa mañana los compañeros no dejaban de mirarlo, y no lo hacían solo una vez o dos, sino repetidamente. Y Clay no tenía ni idea de por qué.

Todo empezó en cuanto llegó al colegio. Veía miradas y oía cuchicheos. Los primeros chicos a los que pilló mirándolo volvieron la cabeza tan aprisa que casi pensó que eran imaginaciones suyas. Pero los siguientes tenían menos miedo: lo miraban y se reían descaradamente. Una chica a la que conocía sencillamente lo miró y después movió la cabeza hacia los lados, como negando. Dos chicos a los que no recordaba haber visto nunca le levantaron el pulgar. Y eso resultaba aún más alarmante.

Después de guardar el monopatín en su taquilla, Clay se metió en los aseos y se miró en el espejo. No le colgaban mocos de la nariz. No llevaba la bragueta abierta. Su pelo estaba completamente alborotado, como de costumbre, pero lo tapaba con la capucha. No veía nada raro. O, por lo menos, nada que fuera más raro que otros días.

¿Habría alguien corrido rumores sobre él? ¿Lo habrían confundido con otro? No tenía sentido.

La primera clase de Clay, Taller de Lengua, estaba en la planta baja, y se entraba directamente desde el patio,

* Por lo que respecta a que escriban un libro sobre ti, eso solo sucede si tienes la mala suerte de tropezarte con alguien como yo. Cuidado.

junto a la cancha de baloncesto. Cuando llegó, encontró a una docena de chavales a su alrededor, que estaban hablando en susurros.

Mientras los demás se hacían atrás, el mejor amigo de Clay, Gideon, se le acercó.

—Vale, tío, guay, es... ¿alucinante? Y me tienes como... ¿impresionado? —le dijo Gideon—. Y ya sé que siempre te he estado animando a que lo hicieras, que te decía a qué estabas esperando, pero... ¿aquí? ¿Ahora? ¿En el colegio? ¿En serio? —Gideon tenía aquella manera rara de hablar, así que siempre sonaba como si estuviera en medio de una conversación. Resultaba difícil de seguir, incluso para Clay—. Quiero decir: ¿es que te quieres suicidar? —insistió Gideon—. ¿O te has vuelto completamente loco?

—¿A qué te refieres? —preguntó Clay—. ¿Por qué todo el mundo me está...? —titubeó—. ¿Qué demon...?

Detrás de Gideon, en la pared exterior del aula, había un grafiti mural recién pintado, eso que a veces llaman «bomba».

En cuanto vio el mural, le empezó a temblar la pierna. Le dio un mareo. Creyó que iba a vomitar.

¡LA MAGIA APESTA!

decía con grandes letras negras, regorditas como burbujas.

Debajo había una pequeña firma, la marca del artista:

CLAY

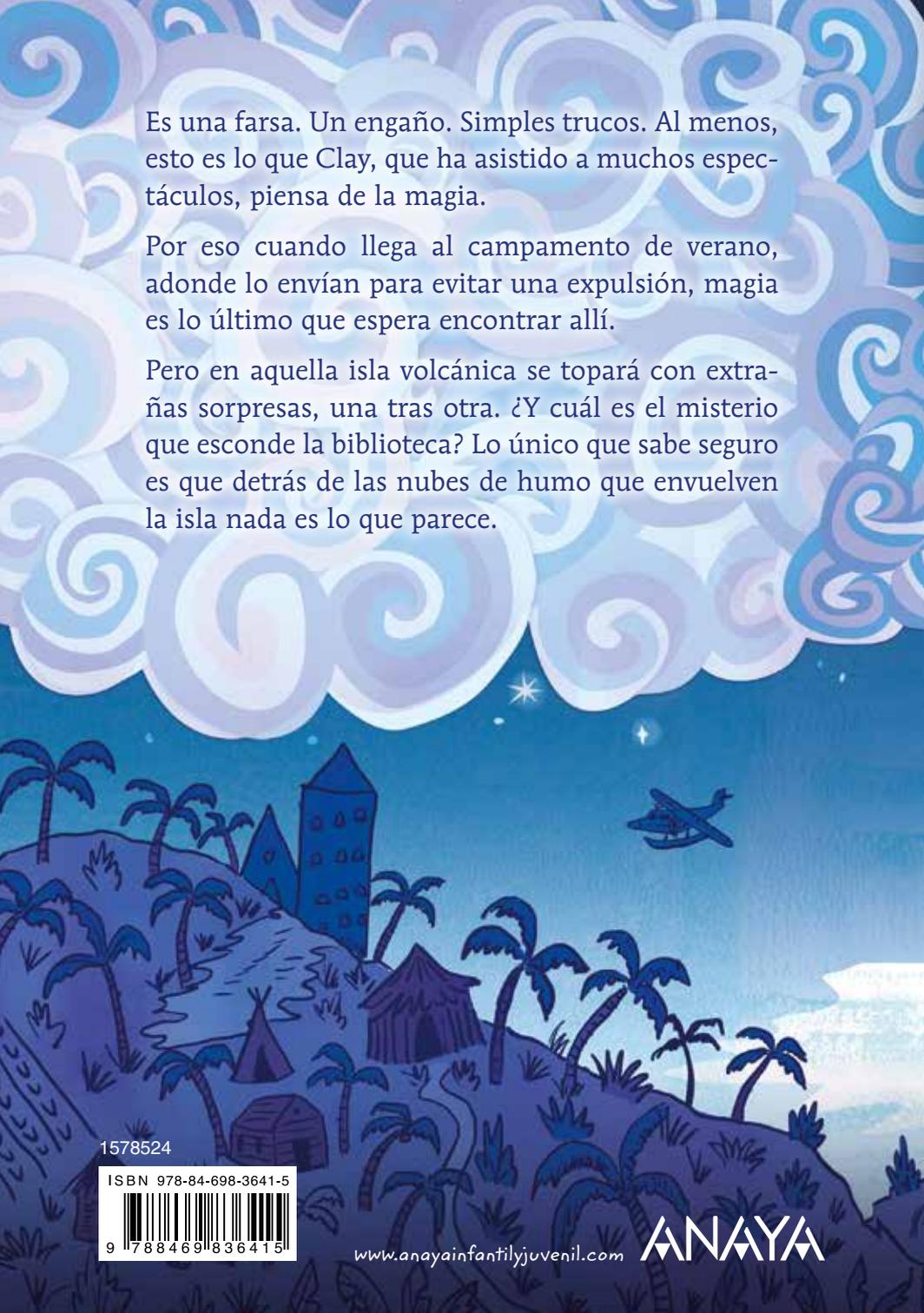
—No te preocupes, ya he tomado una foto —dijo Gideon, levantando su móvil—. Sí, te echarán del colegio, y sí, perderás tu futuro. Y sí, tus padres te matarán, pero al menos tus palabras vivirán para siempre, ¿vale?

El nombre, el estilo de letra, el conjunto del mural llevaba la marca inconfundible, incuestionable, innegable de Clay.

El problema era que el mural no era suyo. Él no lo había pintado. Y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí.

Era como si hubiera aparecido por arte de magia.

Una magia queapestaba.



Es una farsa. Un engaño. Simples trucos. Al menos, esto es lo que Clay, que ha asistido a muchos espectáculos, piensa de la magia.

Por eso cuando llega al campamento de verano, adonde lo envían para evitar una expulsión, magia es lo último que espera encontrar allí.

Pero en aquella isla volcánica se topará con extrañas sorpresas, una tras otra. ¿Y cuál es el misterio que esconde la biblioteca? Lo único que sabe seguro es que detrás de las nubes de humo que envuelven la isla nada es lo que parece.

1578524

ISBN 978-84-698-3641-5



9 788469 836415

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA